David Toscana

◆

Lontananza

Ediciones Era

FONDO EDITORIAL
DE NUEVO LEÓN

Coedición Ediciones Era / Fondo Editorial de Nuevo León
Edición original: Joaquín Mortiz, México, 1997
Primera edición en Alacena Bolsillo: 2024
ISBN: 978-607-445-659-2 (Era)
ISBN: 978-607-8913-42-8 (FENL)
DR © 2024, Ediciones Era, S. A. de C. V.
Mérida 4, colonia Roma, 06700
Ciudad de México
www.edicionesera.com.mx

Fondo Editorial de Nuevo León
Zuazua 105-2 sur, colonia Centro,
64000, Monterrey, Nuevo León
www.fondoeditorialnl.gob.mx

Diseño de portada: Germán Montalvo
Diseño de interiores: Jacqueline Roldán

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún otro medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.

Índice

Bienvenido a casa, 9

El cacomixtle, 17

Un poeta local, 27

La Brocha Gorda, 39

Millonarios, 51

Derrumbes, 63

El heredero, 77

El nuevo, 85

Verónica, 99

Bienvenido a casa

◆

Una vez más Amaro repartió su mirada entre la ventana y el reloj. Ya pasaban de las nueve y, afuera, los golpes de viento, hojas y tierra que bajaban de la montaña presagiaban un aguacero.

Imelda comenzó a cerrar las ventanas, lamentándose del polvo que se había metido en la casa.

«Menos mal que hoy no vas a salir», dijo de acuerdo con su costumbre de buscar el chantaje en vez de pedir un favor.

Generalmente Amaro se sentía con poco ánimo para contradecir a su mujer y terminaba por complacerla. Sin embargo, esa noche estaba dispuesto a actuar de otro modo. ¿Cómo faltar hoy al Lontananza, pensó, justo hoy que seré el centro de atención? Había decidido llegar tarde, cerca de las diez, cuando ya todos sus amigos estuvieran ahí, esperándolo, hablando de él.

«¿Verdad que no vas a salir, Hugo?»

Algunos años atrás Amaro le había pedido que ya no lo llamara así. Fue poco después de haber cumplido los cuarenta. Una secretaria de la fábrica se acercó para entregarle un sobre y le preguntó: ¿usted es Hugo? La mezcla del *usted* con ese nombre le resultó aberrante. Hugo era un nombre de niño o de muchacho, pero no alcanzaba para un hombre maduro, de vientre amplio y ondulado, sin aire para diez escalones ni valor para riesgos que implicaran algo más que un par de fichas en los juegos de cartas.

«¿Verdad que no?», insistió Imelda.

Esa misma tarde, poco antes del silbato de las seis, el gerente de personal lo había llamado. Le agradeció sus veinte años de servicio, le empujó un sobre lleno de billetes y le pidió firmar varios papeles. Amaro volvió a casa más temprano que de costumbre y respondió a la curiosidad de Imelda diciendo que se había sentido mal, un dolor en la espalda, los achaques de la edad. El resto fue echarse sobre el sofá a esperar la noche.

Amaro volteó hacia su mujer, imponente y aburrida, y no pudo distinguir ni los restos de aquella muchacha con la que había hecho tantos planes. Voy a ser auxiliar de contador, le dijo feliz cuando lo contrataron en la fábrica, y creo que en menos de seis meses nos podremos largar. Los planes eran tan indefinidos que a veces no se distinguían de los sueños: se irían a la ciudad, donde él terminaría sus estudios, podría ganar más y eventualmente montaría su propio negocio. Poco pensaban sobre qué estudiar o qué negocio poner, y a Imelda sólo le preocupaba que los planes fueran demasiado ordinarios, tan iguales a los de todo el mundo. Él la abrazaba y la contentaba diciéndole que no eran iguales, porque ellos sí los harían realidad. Ella le sonreía y le decía que lo único verdaderamente importante era estar juntos toda la vida, aunque toda la vida pasara en el pueblo y sin dinero. Entonces él se llamaba Hugo y ella tenía un trasero armonioso.

«No me has contestado, Hugo.»

Decidió que todos le llamaran por su segundo apellido, Amaro, pues el primero, García, lo llevaba medio pueblo. Cuando por teléfono le preguntaban de parte de quién, comenzó a responder “de Amaro”, y de tanto autonombrarse así la gente se fue olvidando de Hugo. Sólo Imelda rechazó

la idea y le dijo que le diría Amaro el día en que él la llamara Villarreal.

Amaro se palpó el bolsillo y sintió los billetes. No los había querido contar. Para nadie era un secreto que cuando en la fábrica corrían a alguien lo liquidaban con una cantidad inferior a la correspondiente por ley. Él mismo llegó a indignarse más cuando le hicieron esto a un compañero que cuando lo experimentó en carne propia. Decidió no contar el dinero para no enterarse del tamaño de su injusticia.

No pensaba decírselo a Imelda. Quería pasar una noche a gusto, sin reclamos, sin necesidad de hacer nuevos planes ni andar pidiendo favores ni de veras ponerse a imaginar su situación del mes o del año entrante. Para qué ocuparse ahora de eso si ya tendría a su mujer convertida en una conciencia de tiempo completo, cuestionándolo, haciéndole cuentas, obligándolo a salir a la calle en busca de un ingreso.

Amaro se encaminó hacia la puerta y, sin decir nada, salió.

Las flores de bugambilia avanzaban por la calle con cada golpe de viento. Rodaban, y algunas hasta doblaban por la esquina como si tuvieran voluntad para dirigirse a algún lugar específico. Pero sólo eso vio, bugambilias, porque las calles estaban desiertas de gente. Le angustió pensar que tal vez había perdido mucho tiempo con su mujer y que tal vez sus amigos, cansados de esperarlo, se habrían regresado a sus casas.

El viento sopló con más intensidad. Amaro se pasó una y otra vez las manos por el cabello tratando de enderezarse el peinado y, al tiempo que se lamentaba por lo inútil de su esfuerzo, le reconfortó palpar el rasgo mejor conservado de esos tiempos que él, en su pensamiento, llamaba los años de esperanza y a los que Imelda se refería en conversaciones melancólicas con frases como “cuando éramos felices”.

Para Amaro la felicidad era una falacia aprendida en las telenovelas. Nadie podía ser feliz porque la alegría era algo momentáneo que de pronto aparecía en una risa, con una buena noticia, con un buen trago, pero igualmente se esfumaba en un momento y tardaba en volver. La mayor parte del día uno no era feliz; tan sólo se dedicaba a comer, dormir, trabajar, irla pasando en espera de que un amigo o el azar trajera como regalo otro instante preferible al resto; y Amaro pensaba que las noches ofrecían siempre mejores oportunidades para hallar esos instantes. De día, en cambio, todo se mostraba demasiado real. Por eso en las noches de esos años de esperanza la ciudad era un resplandor en el horizonte que Amaro sentía demasiado cercano como para no alcanzarlo, y por las mañanas se volvía un lugar muy remoto desde donde los patrones llegaban en sus autos negros.

Un relámpago iluminó la calle. Amaro se cargó hacia la acera derecha, repegado a las paredes de las casas para esquivar la inminente lluvia. Su mirada entró intrusa por las ventanas y fue descubriendo, como si observara aparadores, la mercancía de cada casa: dos niños durmiendo sobre una cobija deshilachada, una familia silenciosa en torno al televisor, retratos sonrientes de boda y de quince años, sillones rojos forrados en plástico, vírgenes, crucifijos, manteles bordados, un pan a medio comer, un calendario que se quedó en febrero, una pareja de ancianos viéndose con la indiferencia del tiempo, mujeres envueltas en batas floreadas; nada que le atrajera; escenas que bien podrían haberse tomado de su propia casa.

«¡Métete, Gaby! ¡Ya va a llover!»

El grito se empalmó con el viento. Amaro volteó hacia uno y otro lado sin distinguir de dónde había venido. Sintió unas gotas pequeñas, aisladas, sobre la cara y se dijo que aún